

DEL libro de Todorov, que comentábamos el otro día (1), sobre el Decamerón, el apéndice "Los hombres-relatos" es, sin duda, lo que más gustará al lector, lo menos atendido a esta nueva escolástica y lo más "metafísico", lo que más derechamente nos conduce a la tesis última, la más original y la más discutible del estructuralismo.

El autor parte de unas preguntas —retóricas— de Henry James que, en realidad, reducen la novela a novela psicológica, a novela de caracteres. Frente a ello se invocan, por razón, la Odissea y el Decamerón, Las Mil y una Noches, y el Manuscrito encontrado en Zaragoza. Ahora la reflexión se ejerce principalmente sobre Las Mil y una Noches. Los personajes son en esta obra psicológicamente inconsistentes, podría decirse, desde el punto de vista del carácter, que insustanciales. La pregunta surge inmediata: ¿Qué es entonces el personaje? He aquí la respuesta de Todorov: "El personaje es una historia virtual que es la historia de su vida. Todo nuevo personaje significa una nueva intriga. Estamos en el terreno de los hombres-relatos". En el cuento árabe, por lo menos, "contar equivale a vivir". El personaje no tiene ni puede tener otra vida que la de su relato. Mas, por lo mismo, cada nuevo personaje que aparece trae —es su propio relato, y necesariamente imprime un giro nuevo a la narración— una interrupción. De ahí la importancia estructural decisiva de las "digresiones e inserciones". También aquí Todorov sigue a la lingüística, pero para sacar consecuencias trascendentes. Si el relato que se interpola es el "relato de un relato", ser el relato de un relato es el destino de todo relato. Y si, como veíamos antes, contar equivale a vivir, en la narración "el hombre no es más que un relato; cuando el relato ya no es necesario, puede morir. La narración lo mata, porque ya no tiene una función". Eso, en la narración. ¿Y fuera? Pero, ¿es que hay algo fuera de la narración? La vida entera no es sino relato. Estamos hechos —podría decir Todorov— de la estofa, de la tela de nuestros relatos. ¿Nuestros? El relato originario no tiene relator, es impersonal, y por eso comienza siempre así: "Se cuenta...". Estamos ante la tesis final del estructuralismo, la que partiendo de la impersonalidad de la langue —recuérdese nuestra observación del último día— por transposición de ese supuesto al plano literario, alcanza la elimina-

ción del "autor", y por transposición al plano existencial, llega a la afirmación de la "muerte del hombre". Tratemos de ver con algún detalle este —doble— proceso, para lo cual conviene empezar por el principio.

Y puesto que acabamos de escribir la palabra "existencial", este principio puede ser la comparación del estructuralismo con el existencialismo. Uno y otro son productos típicamente franceses, inteligente refundición de concepciones anteriores. El existencialismo refundió la más grande Filosofía de la historia, la de Hegel —Fenomenología del Espíritu—, con el Ser y Tiempo de Heidegger, la filosofía existencial de Jaspers y toda la dimensión patética teológico-filosófica (Lutero, Pascal, Kierkegaard, Unamuno, todo lo que estudié, hace muchos años, en el libro Catolicismo y Protestantismo como formas de existen-

ha reconocido como sus maestros. El pensamiento de Heidegger es de orientación muy estructural (el concepto mismo de Da-sein, ser [o/y estar]-en-el-mundo), asimismo el de Ortega ("Yo soy yo y mi circunstancia") y, por supuesto, el de Zubiri. Por su parte, Wittgenstein, al mostrar la importancia del lenguaje como función, ha subrayado algo que no se ve suficientemente, quizá, en el estructuralismo: la dimensión dinámica de la estructura. Y es claro que la lista podría continuar. Pero el precedente inmediato, la inspiración directa procede de la lingüística estructural y el eslabón intermedio se encuentra en la "antropología estructural" (el paralelismo entre la impersonalidad formal de la langue —sobre todo en los estructuralistas daneses— y la impersonalidad formal del mito en Lévi-Strauss es muy visible). La lingüística estructural, frente

cadena bien ordenado de combinaciones binarias (son las de moda, frente a las ternarias de Hegel y Marx), que al de obras transgresivas, creativas, que introducen el futuro, por tanto, el tiempo y el tiempo mítico. Decía en el artículo anterior que el estructuralismo no ha conseguido incorporarse de verdad el aporte de la lingüística generativo-transformacional, porque ha quedado prisionero en la posición de la estructural. Andlógicamente agregaría que su escasa capacidad para habérselas con obras poderosamente simbólicas, creativas, le viene de que, desde su origen, quedó marcado por la literatura de creación con la que surgió, el nouveau roman. Si el lector recuerda la reserva con la que terminaba mi artículo sobre Laing, puede hacer aquí una, a mi juicio, oportuna aproximación.

En El Marxismo como moral hice referencia a los esfuerzos, bien conocidos, por enriquecer aquél con aportaciones estructuralistas. Los estructuralistas, por su parte, han justificado la "eliminación del autor" desde el punto de vista marxista: lucha contra la constitución —capitalista— de un "sujeto propietario hablante, idéntico a sí, valorizado por un sistema complementario riquezas-palabras bellas" (2), el autor, que introduce su obra en el circuito de consumo. Muerte del autor y, palabra de Michel Foucault, "muerte del hombre". El concepto, disolución del yo, data, por lo menos, desde Hume, y el psicoanálisis, la radicalización de la teoría de los roles y, como ámbito cultural de nuestra época, la crisis de identidad en que actualmente se vive, están detrás y en torno de esa popularizada fórmula. En realidad, de eso se trata: El "estructuralismo", repitiendo, desde otra óptica, la labor del "existencialismo", ha llevado a cabo una síntesis, más brillante que rigurosa, de todo un actual "estilo de pensar". Lo que, desde luego, no obsta al reconocimiento de sus muy valiosos hallazgos concretos. Mas la crítica literaria no se detiene con él. ■

(2) Philippe Sollers en el libro colectivo *Théorie d'ensemble*. Collection Tel Quel. Aux Editions du Seuil, 1968. Hay edición castellana reciente, *Teoría de conjuntos*. Seix Barral.

JOSE LUIS L. ARANGUREN

PARA UNA CRITICA DE LA CRITICA ESTRUCTURALISTA

cia). Mood philosophy o filosofía montada sobre el talante, sobre un talante determinado, y filosofía del tiempo. (El lector fiel recordará que el artículo en que hablé de los últimos libros de la existencialista Simone de Beauvoir y de Françoise Sagan, que ha reconocido siempre a Sartre como su maestro, contenía en el título la palabra "tiempo".) El estructuralismo se sitúa en una posición opuesta a ese temporalismo y a ese patetismo. Pero de la misma manera que la centralidad del concepto de existencia no fue una invención del existencialismo, tampoco la del de estructura lo ha sido del estructuralismo. En psicología, la Gestalttheorie, bajo otro nombre, se enfrentó ya con el problema. En otro lugar he recordado el precedente biológico del concepto de Umwelt, netamente estructural, y he señalado su posible línea de relación con la Teoría General de los Sistemas, dentro de la cual los conceptos de "estructura cerrada" y "estructura abierta" son fundamentales. Emparentada con esta teoría se encuentra la dirección sociológica americana por excelencia, la sociología estructural-funcional. Marx y Freud llevaron a cabo la desvelación de estructuras latentes, y por ello Lévi-Strauss los

a la diacronía filológica, ha centrado el estudio en el aspecto sincrónico del lenguaje, la langue. También el estructuralismo ha centrado su estudio en los textos mismos, sin remontarse a sus "fuentes", a la historia.

Pero con esto entramos en el aspecto del estructuralismo que más nos importa aquí, su crítica literaria, la llamada Nouvelle Critique. La atención a "los textos mismos", ¿es un descubrimiento suyo? ¿Qué hizo sino eso el New Criticism? En cuanto a la confesada dependencia de los formalistas rusos, y muy en particular de Jakobson, no es menester insistir. En suma, yo diría que la Nouvelle Critique, es, con todo, importante. Su limitación o, mejor dicho, la raíz de su limitación ya fue señalada en observación hecha en el artículo anterior: al ser tributaria, en su enfoque, de la lingüística estructural, tiende a ver, sobre todo, recurrencias, patterns, estructuras prefijadas. Como ha reconocido el propio Barthes, y se desprende de los mejores análisis —los del Decamerón y Las Mil y una Noches, que nos ha dado pie a este comentario, los de Racine, Sade, los Ejercicios espirituales de San Ignacio—, se presta mucho más al estudio de obras bien compuestas, reiterantes, en-

(1) Tzvetan Todorov, *Gramática del Decamerón*. Taller de Ediciones Josefina Betancor, Madrid, 1973.